

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO

EL DECRETO DE 24 DE NOVIEMBRE

- SUMARIO: I.—La Francia después de Castelfiardo: manifestaciones diversas: monseñor Dupanloup.—Las regiones oficiales: el emperador: el Sr. Thouvenel: el Sr. de Grammont.—Las potencias extranjeras: entrevista de Varsovia: despacho de lord John Russell á sir James Hudson (27 de octubre de 1860).—La Italia: ley autorizando las anexiones: los votos en la Italia central y especialmente en las Dos Sicilias.—Víctor Manuel en Nápoles y retirada de Garibaldi.
- II.—La política interior: ligeros síntomas de regresión á las ideas de libertad: la prensa y su lenguaje algo más atrevido: el Cuerpo legislativo y sus tendencias á aumentar la importancia de su papel.—El decreto de 24 de noviembre: análisis de este decreto y en qué consiste su verdadera importancia: cómo es juzgado por la opinión pública.
- III.—Cómo todos los pensamientos se fijan en Italia: Gaeta: qué género de protección idea el emperador en provecho del rey de Nápoles: la escuadra francesa delante de Gaeta: protestas del Piamonte y de Inglaterra: retirada de la escuadra: los últimos días de Gaeta y la rendición de la plaza.
- IV.—Se abre la legislatura y primera aplicación del decreto de 24 de noviembre.—El Senado: discurso del príncipe Napoleón y carácter extraordinario de este discurso: varios incidentes: folleto del duque de Aumale.
- V.—El Cuerpo legislativo y el decreto de 24 de noviembre: impresión bajo la que inauguran los diputados sus trabajos.—Siempre la cuestión italiana: cómo los católicos se han separado cada día más del gobierno; diversas circulares: folleto del Sr. de Guerreniere; monseñor Pie.—Discusión del *Mensaje*: los asuntos italianos y romanos: sesión del 13 de marzo y discurso del señor Keller.—Continuación del mensaje: diversos incidentes: Emilio Ollivier.—Sesión del 22 de marzo: nueva discusión de la cuestión romana: voto de los 91.
- VI.—La Italia en la primavera de 1861: Cavour: sus últimos días: su enfermedad y su muerte.—Cuál es, á partir de 1861, el objeto de las preocupaciones del gobierno y qué personaje ocupará en lo sucesivo la escena.

I

Poco después de la invasión de las Marcas, escribía Merimée al Sr. Panizzi: «Nuestra patria tiene la desgracia de ser demasiado religiosa;» y el aspecto externo de las cosas, en los días que siguieron á Castelfiardo, parecía justificar esta confesión sincera y dictada por el despecho. Sería temerario afirmar que las masas se sintieron muy excitadas por los recientes sucesos italianos; pero de los grupos más instruidos y más ilustrados surgió un murmullo de reprobación, muy á propósito para conturbar á los vencedores ó á sus cómplices. Los católicos más celosos calificaban el atentado de sacrilegio; los más moderados se contentaban con declararlo inaudito. La guerra era considerada no como una lucha regular, sino como un aplastamiento brutal del débil por el fuerte: «Esperemos, decían los más previsores, que el caos italiano no se convertirá en caos europeo.» La emoción subió de punto cuando se conocieron los nombres de las víctimas: en las vertientes de las *Crocette* había corrido la sangre más pura de Francia, de suerte que la derrota parecía nuestra. «Tranquilizad al noble arrabal, decía Cavour irónicamente al Sr. Nigra al mismo tiempo que le anunciaba la repatriación de los prisioneros; sus hijos le serán devueltos, y espero que regresarán curados del proyecto de convertir á los italianos (1);» y en efecto, volvieron los cautivos, mostrando

(1) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo IV, página 13.

unos sus heridas, relatando otros sus desgracias y todos proclamando la complicidad de Napoleón en la reciente aventura y repitiendo el famoso *fate presto* que muchos habían oído de los propios labios de Cialdini. Los sardos, victoriosos y á la vez descalificados, se indemnizaban con sus ganancias de lo que faltaba á su honor; algún tiempo después, uno de los agentes piemonteses escribía desde París: «Nos parecemos á esas mujeres galantes á quienes no se saluda por la calle.» Una cosa preocupaba por encima de todo á los católicos, rendir un brillante tributo á los jóvenes que habían muerto gloriosamente *pro Petri sede*, como entonces se decía. En las más populosas ciudades de Francia, y con asistencia de un número extraordinario de fieles, celebráronse funerales por las víctimas, habiendo sido la más memorable de todas esas ceremonias la que presidió monseñor Dupanloup. Este prelado se había enterado, estando en Saboya, de la invasión, del combate y de la derrota, é inmediatamente regresó á Orleans, pues en aquellas circunstancias no quería permanecer lejos de su diócesis. El día 9 de octubre pronunció en su catedral la oración fúnebre de los que habían sucumbido, y todos los contemporáneos conservan todavía grabado en su memoria el final del discurso, cuando el orador, evocando las colinas de Castelfiardo, las proclamó consagradas por la sangre de los mártires, y recuerdan aún la honda emoción del auditorio y á Berryer anegado en llanto al pie del púlpito. Nunca había estado ni estuvo en lo sucesivo el obispo más elocuente.

El emperador había regresado de Argelia, habiendo

durado su ausencia el tiempo preciso del atentado que no quería presenciar. No faltaban á su lado servidores leales y perspicaces que pedían que se pusiera de una vez en entredicho al temible Cavour: tales eran el mariscal Randón, el Sr. Magne y sobre todo el Sr. Walewski, que muy pronto había de volver á la política activa como ministro de Estado. En cambio, el príncipe Napoleón, que se hallaba entonces en el interior de Escocia, escribía que estaba «encantado» y se preparaba á dirigir, en cuanto regresara á Francia, el coro de las ruidosas aprobaciones. El soberano, puesto entre estas contrarias influencias, vacilaba según su costumbre, y ora se callaba, ora promulgaba algunos oscuros oráculos que cada partido interpretaba según sus esperanzas. «El emperador nos regaña, decía Cavour al Sr. Peppi, pero *molto amorevolmente*;» y añadía algunos días después: «Napoleón está descontento de todo el mundo, pero aún más del papa que de nosotros (1).» En cuanto al ministro de Negocios extranjeros, Sr. Thouvenel, profesó, según parece, en aquellas circunstancias, opiniones algo contradictorias: ya hemos visto con qué energía había reprobado el *ultimatum* de Cavour; pero muy pronto había menguado su indignación y sin otorgar su perdón á la política italiana se había amoldado poco á poco á los hechos consumados. En el entretanto, el Sr. de Grammont, nuestro embajador en Roma, imbuído por las impresiones entonces dominantes en la sociedad romana, persistía en su opinión, que era más severa, preocupándole principalmente un peligro, el de la fuga del papa, porque si el papa huía, nuestra ocupación no tendría ya razón de ser, y una vez Roma evacuada, no tardaría en caer en manos de los piemonteses y se realizaría entonces por sí sola la unidad italiana. El día 24 el Padre Santo parecía resuelto á partir y hasta anunció su resolución al encargado de negocios de España; en vista de lo cual el Sr. de Grammont, presa de gran inquietud, envió al Vaticano á algunos cardenales de quienes se creía seguro y halló medio de hacer desmontar la máquina de la corbeta pontificia en que había de embarcarse Pío IX. En los siguientes días, los proyectos de fuga parecieron abandonados. Sin embargo, muchos de los que rodeaban al emperador consideraban que la partida del papa, descargando nuestra responsabilidad, abandonando Roma á sí misma y en breve plazo al Piamonte, proporcionaría un desenlace natural á la insoluble cuestión romana.

¿Quién hubiera podido orientarse entre tantos y tan confusos y contradictorios propósitos? El público desconcertado buscaba en el extranjero algunas luces que pudieran disipar las tinieblas. De todas las potencias la más irritada era Austria, siendo indudable que en aquellos días acarició ciertos proyectos de intervención; también España se mostraba muy furiosa y se interesaba en extremo por la causa del Sumo Pontífice ó por la de Fernando II, y gustosa se habría prestado á una acción colectiva de las potencias católicas en favor del papa. Prusia había protestado con mucha energía contra los sucesos recientes, pero no había roto las relaciones diplomáticas, y no tardaremos en verla formar en el Piamonte los primeros eslabones de la futura alianza. En

(1) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo IV, página 18 y 37.

cuanto á Rusia, habíase sentido doblemente ofendida por la violación injustificable del territorio pontificio y por el infortunio de la dinastía napolitana, su antigua y fiel cliente; de aquí que, no contenta con protestar, había llamado á su ministro. A todo esto, el emperador de Rusia, el de Austria y el príncipe regente iban á reunirse el 20 de octubre en Varsovia, y esta entrevista despertaba gran curiosidad. ¿Saldría de ella alguna resolución para aislar á Francia, á quien se juzgaba responsable de los últimos sucesos de Italia? Algunos, entre los más pesimistas, pronunciaban ya la palabra coalición. Verificóse la entrevista, que hubo de abreviarse á causa de la enfermedad de la emperatriz madre de Rusia, y en ella los príncipes más que conferencias tuvieron conversaciones de las que no resultó ningún plan concreto, pues Rusia estaba unida á Francia, Prusia estaba decidida á no trabajar más que por su propia cuenta, y la misma Austria, á pesar de sus cóleras, tenía pocas ganas de nuevas luchas.

Tales eran las disposiciones de las potencias, algo desconfiadas respecto de Napoleón y en general hostiles á Cavour, pero no hasta el punto de aventurarse en una guerra. Al abandonar los soberanos Varsovia, el primer ministro sardo recibió de Inglaterra una muestra de simpatía que contrastaba con los testimonios de general desaprobación; lord John Russell había visto con agrado todas las audacias del Piamonte y había consagrado todos sus sucesivos engrandecimientos, y cuando la violencia hubo completado lo que la astucia por sí sola no habría podido realizar, el jefe del *Foreign Office* tuvo empeño no sólo en perdonar los hechos consumados, sino además en legitimarlos. Y en un solemne despacho dirigido en 27 de octubre (2) á sir James Hudson, proclamó el doble derecho de los italianos de derribar sus gobiernos, que él calificaba de malos, y de aglomerarse formando un Estado grande, capaz de ser independiente, citando en apoyo de esta tesis el testimonio de Vattel y de los demás doctores del derecho internacional, pues en Russell detrás del diplomático había siempre el casuista. Cavour acogió la comunicación de Inglaterra con alegría y con sorpresa, porque en verdad no podía figurarse estar en regla con el derecho de gentes y de buena gana se habría contentado con la impunidad sin aspirar á la inocencia. El despacho británico, el *despacho de 27 de octubre*, como se le denominó, fué inmediatamente publicado y difundido por todas partes; después, de todos los ámbitos de la península se enviaron testimonios de gratitud á lord Russell, quien pudo creerse el libertador de Italia con los mismos títulos que los vencedores de Solferino. En realidad estaba cercano el día en que Prusia se subrogaría á Inglaterra, como Inglaterra se había subrogado á Francia.

Denostado ó absuelto, amenazado ó glorificado, Cavour, á la altura á que había llevado las cosas, no tenía más remedio que seguir adelante. En aquel tiempo no había correo procedente de Italia que no trajese á Francia alguna noticia de sensación. Tomada Ancona, el jefe del gabinete sardo habíase presentado ante las cámaras y solicitado de ellas la autorización para anexionar, por medio de un plebiscito, las Marcas y la Umbría, así

(2) Véase *Further correspondence relating to the affairs of Italy*, parte VII, pág. 125.

como la Italia meridional. Lo más extraño no fué la petición en sí misma, ya que ésta era muy lógica y por todos esperada, sino el comentario que la acompañó: en el momento en que Cavour sometía á la sanción parlamentaria el documento que legalizaría el despojo del papa, oyóse proclamar las ventajas de la libertad religiosa y rendir homenaje al Padre Santo, quien, desembarazado de las cosas temporales, encontraría su verdadera fuerza en el amor de veintidós millones de italianos. En los últimos meses de su vida le veremos repetir la misma tesis y aferrarse á ella con singular obstinación, ora por empeño de ambicioso, celoso de reconstruir, ora por vagos remordimientos de hombre que vecercano su fin y está ávido de perdón. Mas no era esta la única extrañeza. En la tribuna política podían sentarse todavía los representantes de las Dos Sicilias, señores Manna y Winspeare, que se habían quedado en Turín como olvidados, mientras se preparaba el proyecto de ley que habían de entregar á Víctor Manuel los Estados de su soberano; pero á todo esto Cavour se dió cuenta de la inadvertencia y despidió á aquellos á quienes la corte de Gaeta se había descuidado de llamar. La ley fué adoptada tal como quería Cavour, y poco después, las Marcas y la Umbría votaron la anexión. Sin embargo, la gran preocupación seguía siendo Nápoles. En las provincias de tierra firme, lo propio que en Sicilia, reinaba el desorden más deplorable y los más crueles enemigos de la dinastía destronada confesaban que nunca, en tiempo de los Borbones, habían sido tantos en número y tan escandalosos los actos de malversación ó de tiranía (1). A los peligros de la anarquía juntábanse preocupaciones militares muy serias porque el ejército real permanecía alrededor de Capua y había alcanzado en un principio algunas victorias. A todo esto, Garibaldi, que era muy hostil á Cavour y á cuantos á éste rodeaban, pero que se mostraba aún accesible á la influencia del rey, dió un decreto convocando al pueblo de las Dos Sicilias para que en 21 de octubre acudiera á los comicios. Con frecuencia se ha hablado de este voto casi unánime de un pueblo que en muchas provincias se sublevó al día siguiente.

Mientras se verificaba aquella consulta nacional, Víctor Manuel había pasado la frontera y se aproximaba á pequeñas jornadas á Nápoles; y cuando avanzaba al través de sus nuevos Estados, un gran triunfo consolidó su prestigio mejor de lo que lo hubiera hecho la votación más entusiasta. Lo que los garibaldinos no habían podido llevar á cabo realizaron los piemonteses; en efecto, el día 2 de noviembre Capua se rindió al general sardo Della Rocca, de suerte que Francisco II no tuvo más refugio que el estrecho recinto de Gaeta. El 7 de noviembre entró el rey en Nápoles y ya faltaba solamente poner al nivel común al incómodo Garibaldi, que se había crecido más de lo que á un súbdito corresponde. Víctor Manuel le ofreció grados, honores, dotaciones, en una palabra, todo aquello que siendo una recompensa de sus servicios, lo habría vuelto á la subordinación; pero el aventurero rechazó aquellas ofertas y únicamente quiso estipular en favor de sus compañeros de armas, reclamando para ellos tan exorbitan-

(1) Véanse en particular los informes del Sr. Elliot, ministro de Inglaterra en Nápoles, á lord Russell, 15 y 16 de octubre, y 9 de noviembre de 1860 (*Further papers*, págs. 111, 115 y 141).

tes ventajas que ningún príncipe hubiese querido suscribir. El monarca y el general se separaron casi reñidos, el primero soportando mal una deuda de gratitud que no podía pagar, y el segundo furioso, no de tener que abdicar, sino de verse obligado á hacerlo en manos de Cavour y de sus amigos. En la madrugada del 9, el conquistador de las Dos Sicilias se embarcó solo á bordo del *Washington*, que lo condujo á su retiro de Caprea; y al mismo tiempo Farini, uno de los enemigos de Garibaldi y discípulo de Cavour, fué nombrado lugarteniente general del rey en las provincias meridionales. Era el primero de los gobernadores que habían de sucederse en Nápoles gastando allí, en medio de las preocupaciones de una administración imposible, sus fuerzas, su crédito y su popularidad.

II

Un cambio notable ocurrido en nuestro régimen parlamentario fué causa de que la atención pública, absorbida por los asuntos de Italia, se fijara nuevamente en la política interior. De aquella época data el decreto de 24 de noviembre, es decir, la primera y más importante de las evoluciones sucesivas que transformaron el imperio autoritario en imperio liberal.

De un año á aquella parte, era visible que la Constitución de 1852 tendía á modificarse algo: las leyes eran las mismas, pero ya no se interpretaban con tan inflexible rigidez, y además habíase ensanchado un poco el campo de las discusiones permitidas, tan estrechamente circunscrito en otro tiempo. Después de la amnistía de 15 de agosto de 1859 habíase visto á los periodistas solicitar con bastante atrevimiento que se les pusiera en situación menos precaria, y aunque una nota del *Monitor* (2) aplazó sus esperanzas, no por ello se desanimaron, sino que, por el contrario, prosiguieron su campaña, y aun hubo uno que se atrevió á pedir sin ambages ni rodeos que se derogara el decreto de 17 de febrero de 1852. Y como la administración no se había mostrado muy indignada, continuaron las críticas con una mezcla curiosa de burla atrevida y de tímida reserva, aventurándose de cuando en cuando una tentativa que iba á perderse en las regiones prohibidas. En aquel mismo año de 1860 habíanse publicado varios folletos muy temerarios para aquella época, de los que los más famosos fueron los del Sr. de Haussonville y del Sr. Prevost-Paradol, afiliados ambos á los *viejos partidos*, como se decía en aquel entonces. Uno de estos folletos fué denunciado á los tribunales y valió á su autor tres meses de cárcel, porque la indulgencia era intermitente y lo más seguro era no contar con ella. Fundóse también durante aquel período el *Courier du dimanche*, llamado á ser más temible por la sátira y la alusión que cualquier otro diario por el ataque directo ó la injuria. A pesar de estas veleidades de emancipación, la prudencia seguía siendo la regla general y aun no había sonado la hora en que la prensa había de reconquistar su poderío. Más digno de notarse que estas tentativas parciales y mal aseguradas, era el espíritu del Cuerpo legislativo, en donde volvían á prevalecer resueltamente las costumbres de discusión libre. Durante la

(2) *Monitor* de 18 de septiembre de 1859.

legislatura de 1860, los presupuestos, el tratado de comercio, los asuntos de Italia y hasta ciertas leyes especiales habían dado materia á deliberaciones que por su amplitud no habrían sido indignas de las antiguas asambleas. Las actas de las sesiones, aunque desfiguradas bajo la forma impersonal de un resumen, habían tomado un desarrollo de todo punto imprevisto; estos documentos, antes vergonzosamente relegados entre los listines de los mercados y el cuadro de la Bolsa, habían encontrado en los diarios un sitio menos obscuro, y el público, bien que asaz indiferente, se entretenía á veces en leerlos. Los diputados habían mostrado en varias ocasiones empeño en afirmar su independencia, y sobre todo habían manifestado una extremada repugnancia en ratificar ciertas operaciones electorales notoriamente viciosas por el exceso de la presión oficial. Así, por ejemplo, en el mes de marzo de 1860, sólo por una mayoría de 14 votos había sido aprobada la elección de un subdirector del gabinete del emperador, diputado por la Ille-et-Vilaine. El presidente del Cuerpo legislativo, Sr. de Morny, en vez de contrariar las tendencias liberales se dedicaba á fomentarlas: ese eminente personaje comprendía que el imperio autoritario fundado en 1852 debía transformarse con el tiempo, y el Cuerpo legislativo, con su espíritu de docilidad y de lealtad modesta y con la respetabilidad absoluta de la mayoría de sus miembros, parecía el instrumento más á propósito para inaugurar la libertad, sin jamás abusar de ella. Previendo esto, ingeniábase para hacer brillar cerca del soberano y para elevar en el concepto de la opinión pública á aquellos de sus colegas que por su nombre ó su fortuna, por su aptitud para los negocios ó por su talento oratorio, por su autoridad moral ó por su influencia, podían llegar á ser los servidores del imperio rejuvenecido. Desde principios de 1860 había comenzado á dejar entrever sus intenciones ensalzando, no la libertad política, sino la libertad civil, palabra atenuada que no había de despertar recelos, y posteriormente recomendó al pequeño grupo de diputados de la oposición que fueran prudentes, diciéndoles que proyectaba ciertas modificaciones reglamentarias que ampliarían considerablemente el papel de la Cámara y que convenía no comprometer el resultado con ningún escándalo intempestivo. Con esta vaga esperanza había terminado la legislatura de 1860.

El decreto, conocido con el nombre de *decreto de 24 de noviembre*, dejaba intacta en todas sus partes esenciales la Constitución de 1852, y no modificaba ni el decreto sobre la prensa ni ninguno de los demás reglamentos restrictivos promulgados en los comienzos del Imperio. Se aplicaba únicamente á las Cámaras; pero, aún limitado de esta suerte, señalaba una fecha singularmente memorable. Podía resumirse en los términos siguientes: el príncipe presidente, en 1852, se había dedicado á aislar al Cuerpo legislativo; en 1860 el emperador restablecía la comunicación entre el Cuerpo legislativo y el país. Veamos ahora las varias disposiciones de este famoso documento.

Una antigua costumbre de la monarquía parlamentaria autorizaba á las Cámaras para redactar un *Mensaje* en contestación al discurso pronunciado por el soberano al abrirse cada legislatura; la legislación de 1852, al suprimir esta costumbre y al proscribir además el dere-

cho de interpelación, no había dejado á los elegidos del sufragio universal ningún medio de abordar la política general; pues bien, la principal disposición del decreto de 24 de noviembre era el restablecimiento del mensaje, ya en provecho del Senado, ya en el de la Cámara. Otra innovación no menos notable contenía aquel decreto; desde 1852 habíase puesto especial empeño, si no en prohibir la elocuencia, en impedir que saliera del recinto parlamentario, así es que allí donde el público buscaba discursos sólo encontraba actas de las sesiones; el decreto imperial restableció la reproducción íntegra de los debates tomados taquígráficamente. Otro de los artículos tenía por objeto facilitar el derecho de presentar enmiendas, que la legislación de 1852 había rodeado de tantos obstáculos. La última disposición del decreto confirmaba la tendencia del emperador á realizar al Cuerpo legislativo, sacándolo de su situación subalterna: hasta entonces el gobierno había tenido como representantes suyos en el Palacio Borbón simples consejeros de Estado, casi todos dotados de buen talento, pero investidos de un mandato restringido y sin derecho ni deseo de ampliarlo; y solamente el Sr. Baroche parecía ser el intérprete autorizado del pensamiento imperial. El decreto de 24 de noviembre creaba verdaderos abogados del poder con el nombre de *ministros sin cartera*: estos elevados personajes, libres, como su denominación indicaba, de todo cuidado administrativo, no habían de tener otra misión que asimilarse la política gubernamental, coleccionar todos los documentos propios para ilustrarla y luego desarrollarla y hacerla prevalecer en las Asambleas. Por virtud de una separación bastante singular, habría dos clases de ministros, unos para los negocios, que no hablarían nunca, y otros para la discusión, que se dejarían ver siempre; y esta creación de oradores titulados, consagrados exclusivamente á la elocuencia, no dejaba de desentonar un poco dentro de un régimen que miraba con tanto desdén toda ostentación oratoria. Los ministros sin cartera fueron el Sr. Baroche, que no cambiaba de papel, puesto que era desde hacía mucho tiempo el defensor del gobierno ante las Cámaras; el Sr. Magne, encanecido en los más altos empleos y de consumada experiencia en asuntos financieros; y el Sr. Billault, que había de ser hasta su muerte el órgano flexible y brillante de la política imperial. La elección de tales personas indicaba por sí sola el lugar importante que en la vida de la nación iban á ocupar nuevamente los debates parlamentarios.

El público sospechaba que se harían ciertas concesiones, pero nunca pudo pensar que se resucitaran tan marcadamente las prácticas poco antes abolidas. De los servidores del Imperio, unos aceptaron sinceramente la evolución; otros manifestaron sus reservas, ora elogiando con afectación la Constitución de 1852 que, según decían, permanecía fuera de alcance de cualquier ataque, ora limitando con extremado celo las consecuencias del reciente decreto. Digno de atención fué el lenguaje de los periódicos independientes: la satisfacción que mostraron fué una satisfacción moderada y mezclada con algo de envidia, pues se extrañaban de que en aquella restauración de un régimen más libre conservara todos sus rigores la legislación de imprenta. Los diversos grupos de la oposición no se dignaron aprobar la reforma: los demócratas consideraban la restitución

incompleta y tardía; y en cuanto á los legitimistas, orleanistas, católicos, liberales y constitucionales de toda clase, estaban entonces demasiado irritados con los asuntos de Italia para apreciar favorablemente ni siquiera una medida que respondía á sus aspiraciones. Sin embargo, los más previsores juzgaban que el emperador, puesto ya en el camino por donde acababa de dar el primer paso, no podría permanecer estacionario, sino que tarde ó temprano se vería obligado ó á retroceder violentamente á su punto de partida, ó á recorrer todas las etapas que aún le separaban de la completa libertad.

III

La atención pública, distraída momentáneamente por los asuntos interiores, fijóse de nuevo en Italia, objeto principal de todas sus preocupaciones, volviéndose todas las miradas principalmente hacia un punto, Gaeta. En el mes de noviembre el rey de Nápoles hallábase definitivamente encerrado en aquella pequeña ciudad que había escogido como refugio, y cuyo sitio había ya comenzado.

Al llegar al último acto del drama italiano, Napoleón había sentido una especie de remordimiento por sus complacencias pasadas. Hasta entonces todo lo había tolerado allende los montes; pero he aquí que Víctor Manuel, sin declaración de guerra, sin ningún pretexto que velara su codicia, procedía á la expropiación de un príncipe unido por la sangre á la casa de Saboya y digno de interés por su juventud, por su inocencia y por sus desdichas. El emperador, que había sido cómplice de las ambiciones del rey sardo, no quiso serlo de sus raptos ni de sus villanías; y no pudiendo impedir nada, tuvo por lo menos empeño en apartarse ostensiblemente de aquella incalificable empresa. Para esto había imaginado una especie de auxilio á medias que seguramente no salvaría al vencido, pero dejaría á salvo su propio honor.

El vicealmirante Le Barbier de Tinán, que mandaba la escuadra del Mediterráneo, recibió orden de partir para Gaeta y de impedir el bloqueo por el lado del puerto; de esta suerte, el mar permanecería ocupado, y Francisco II, el día de su caída, en vez de quedar prisionero del Piamonte, hallaría á bordo de la escuadra francesa un asilo digno de un rey. El vicealmirante Tinán había presenciado en Nápoles toda la intriga cuyo desenlace se aproximaba, y su frialdad silenciosa para con el almirante Persano (1), sus confidencias irritadas hechas á los demás jefes de escuadra, habían revelado en él, en varias ocasiones, la doble repugnancia que le causaban los manejos piamonteses y las traiciones napolitanas. Animado de este espíritu, dedicóse desde un principio á ampliar considerablemente la zona neutralizada que había de estar bajo el amparo de su pabellón; y como las instrucciones que tenía le ordenaban encerrarse dentro de los límites del litoral de Gaeta, ingenióse, por lo menos, para endulzar con sus simpatías el infortunio del joven rey, ya que no podía prestarle más eficaz auxilio.

Entonces pudo presenciarse un espectáculo singular:

(1) Véase Persano, *Diario político-militare*, pág. 123.

por el lado de tierra, los piamonteses habían estrechado sus líneas de asedio y los proyectiles empezaban á caer en la ciudad; pero por el lado del mar los buques sardos veíanse obligados á permanecer á mucha distancia, de manera que Francia, sin impedir por completo la lucha, sin influir siquiera en el resultado final, reducía la arena del combate, como hubiera podido hacerse en un duelo ó en un torneo. Por mar recibían los sitiados vituallas y periódicos ó recogían los rumores de Europa; por mar se alejaban también los cortesanos poco abnegados que se asustaban de los peligros ó se cansaban de la fidelidad. Sin embargo, hasta en estas horas de desgracia llegaban todavía algunos amigos, antiguos zuavos pontificios ó legitimistas franceses, ansiosos de servir á un Borbón aun siendo éste un vencido. Y no eran éstos los únicos á quienes atraía la desgracia: en Francia, un vigoroso movimiento de la opinión empujaba á los corazones hacia el joven príncipe, cuyo valor se ensalzaba, cuya juventud conmovía y cuyos infortunios movían á compasión. A su nombre asociábase el de la reina, ávida de compartir los peligros de su esposo y que, según se decía, mostraba en aquella situación de verdadera prueba un ardor viril. Si Dios había condenado definitivamente á la casa de Borbón, á lo menos era un espectáculo hermoso y un buen ejemplo de este modo acabara. Así hablaban los realistas y gracias á la moda, estos conceptos se repetían no sólo en el arrabal de San Germán, sino también en el mismo mundo oficial y aun en las Tullerías, en donde hasta la emperatriz se expresaba en tales términos. En torno de Gaeta, cuya rendición se consideraba ya inminente, y en torno de los regios esposos, á quienes se veía ya condenados al destierro, posábanse algunos de esos conmovedores reflejos que iluminan las cosas nobles que perecen.

El Piamonte reclamó contra aquella protección y con él reclamó naturalmente lord John Russell, quien invocó el principio de la no intervención; mas el emperador no cedió, y aunque negó todo propósito de representar un papel más activo, no se resignó á ordenar el irrevocable abandono. En su consecuencia, nuestros buques permanecieron durante más de dos meses á la vista de Gaeta, y los sitiados, que todas las mañanas los veían anclados en alta mar, no podían figurarse que toda esperanza fuese vana. Por esta vía, única que le quedaba abierta, Francisco II transmitía á Europa sus protestas, poniendo de manifiesto que su causa era la de todos los reyes, que sólo la intriga había destruído la monarquía napolitana y que, merced únicamente á la violencia, á la confiscación y al terror de los consejos de guerra, conservaban los sardos bajo su yugo á los pueblos por un instante engañados. El día 25 de diciembre llegó á París un despacho muy insistente de lord Russell, en el que se decía que se habría comprendido que el emperador, por medio de una intervención franca, hubiese asegurado al rey de Nápoles la posesión de sus Estados, pero que no se explicaba un auxilio *in extremis* que nada podía restablecer ni salvar (2). Este lenguaje, á pesar de su dureza, era lógico: si se había adoptado la resolución de no hacer nada para devolver la vida al enfermo, ¿á qué tantos cuidados para prolongar su agonía?

(2) *Further correspondence*, parte VII, pág. 187.

Napoleón invitó repetidas veces á Francisco II á que se inclinara ante la suerte adversa y hasta provocó un armisticio de algunos días que había de facilitar el desenlace; y al fin, considerando que hartó había manifestado sus simpatías por el vencido y su reprobación al victorioso, retiró su guardia de honor. A última hora el vicealmirante de Tinán visitó al rey y le suplicó que se embarcara en el *Bretagne*; y en vista del fracaso de esta tentativa, en 19 de enero de 1861, á las cuatro de la tarde, la escuadra francesa saludó por última vez el pabellón real y desapareció en el horizonte. Inmediatamente aparecieron otros buques: era el almirante Persano que iba á atacar á Gaeta por mar, del mismo modo que el año anterior había hecho con Ancona.

Desde aquel momento no se recibieron de la pequeña fortaleza más noticias que las que dejaban circular los sardos. A todo esto, declaróse en la ciudad el tifus cuyos estragos se unieron á los del bombardeo; y para colmo de desdichas una explosión terrible, ocurrida en 5 de febrero, abrió una brecha en el lado del mar. Por otra parte, las provisiones de víveres, aunque abundantes, se averiaban, y en cuanto á socorro del exterior ¿quién podía pensar ya en tal cosa? El día 13 firmóse la capitulación y al siguiente el aviso francés *Monette*, enviado desde Nápoles, llegó á la vista de la ciudad y tomó á su bordo al rey. Todavía resonaron en la playa algunas aclamaciones leales; luego, en las murallas que dominaban el mar, las banderas de las flores de lis se inclinaron por última vez en honor del proscrito, quien aquel mismo día llegó á Terracina, dirigiéndose desde allí á Roma.

IV

En tanto que los defensores de Gaeta agotaban sus últimas fuerzas, el emperador había inaugurado en 4 de febrero la legislatura y Francia se disponía á ensayar el nuevo régimen creado por el decreto de 24 de noviembre.

La reanudación de las discusiones parlamentarias señalóse por un escándalo, y ¡cosa extraña!, la escena se desarrolló en el tranquilo recinto del Senado y el protagonista de la misma fué un príncipe. El 28 de febrero, abrióse en el palacio del Luxemburgo la discusión general del mensaje. ¿De qué había de hablarse sino de la cuestión italiana? El Sr. de la Rochejacquelein, el Sr. de Heeckeren y el marqués de Gabriac defendieron la soberanía del Sumo Pontífice y los principios del antiguo derecho público; el Sr. Pietri apoyó la tesis contraria, pero lo hizo en un discurso conciso, que parecía la pieza que en los teatros se representa antes del drama. El príncipe Napoleón ocupaba su sitio contra su costumbre, porque no le gustaba molestarse y la asiduidad parlamentaria le desagradaba tanto como la disciplina de los campamentos. Al día siguiente, 1.º de marzo, al comenzar la sesión pidió la palabra y, desde un principio, la violencia de sus frases hizo presentir alguna temeridad inaudita.

«Habéis podido juzgar el folleto que ayer os leyó nuestro digno colega el Sr. marqués de la Rochejacquelein y que procede evidentemente de un santo concilio legitimista y clerical, puesto que se limita á reproducir los argumentos desde hace muchos meses desarrollados en

los periódicos que representan ese partido. Todo esto se encuentra en las pastorales de ciertos obispos, de quienes no he de ocuparme... Hay ultrajes que honran... El Sr. marqués de la Rochejacquelein, nuevo en el Senado, debe al espíritu de conciliación del emperador el poder sentarse entre nosotros..., pero en vez de inspirarse en el espíritu moderno, se inspira en el espíritu de otros tiempos.»

Al oír este lenguaje provocador, produjéronse algunos murmullos, contenidos, sin embargo, por el temor ó por el respeto. El presidente permanecía impassible; los ministros, inmóviles, y la impresión dominante en la cámara era de malestar y de curiosidad. El príncipe, en tanto, se gozaba en esta confusión y se complacía con la expectación que había logrado despertar. Su hermosa cabeza, de facciones regulares y duras, dominaba el auditorio, y de sus labios brotaban las frases vigorosas y llenas de imágenes pero algo incoherentes y demasiado precipitadas, como si sus pensamientos, al estallar después de un largo silencio, hubieran de hacer un esfuerzo para disciplinarse y abrirse camino.

«No somos, dijo, los representantes de la reacción, sino los de la sociedad moderna, y Napoleón III representa el derecho popular opuesto al derecho divino. Se ha hablado de simpatías por Francisco II, pero no confundamos la simpatía con la piedad: nuestras simpatías las reservamos á la gloriosa causa italiana; sólo piedad tenemos para el ex rey de las Dos Sicilias.»

El rey de Nápoles tenía la desgracia de ser Borbón, y el orador, con brutalidad inaudita, se puso á hacer el proceso de todos los Borbones, de los de Francia, de España, de Italia, de todas partes. El Senado escuchaba con más disgusto que favor aquel desbordamiento de invectivas, cuando de pronto trocóse el silencio en aprobaciones calurosas: el príncipe, después de haber relatado las antiguas divisiones de la familia real, acababa de proclamar la unión de todos los Bonaparte en el presente y en el pasado.

Todas las anteriores consideraciones no eran, al parecer, más que el preámbulo, ya que al llegar á aquel punto anunció el orador «que iba á entrar en el fondo de la discusión.» Pero ¿podía llamarse discusión en un sentido cualquiera lo que ocurrió después? El discurso del príncipe fué, por espacio de tres horas, el más extraordinario monólogo, sin trabazón alguna, sin transiciones, lleno de elocuentes invectivas y de ironías implacables, de un tono familiar hasta la trivialidad, con giros pintorescos ó imprevistos que cautivaban, con matices de despreciativa altivez, con una confianza en la impunidad que estaba muy por encima de todos los reglamentos y de todas las conveniencias. En aquella implacable revista general, el príncipe no perdonó á nadie, pero se ensañó especialmente con los muertos, con los desterrados, con los ausentes, con los vencidos. Ultrajó á Lamoriciere y á «sus cuadrillas;» burlóse del señor de Merode, aquel subteniente belga convertido en ministro de las armas; señaló en Roma una nueva *Coblensa*; condenó sumariamente la soberanía pontificia «que huía de todas partes como un vaso rajado;» y denunció al propio papado, «esa cristalización de la Edad media.» Después, divagando cada vez más aunque sin perder la originalidad de la forma, evocó todos los recuerdos irritantes del pasado, Bonaparte y Pío VI, Jorge